

con fuerza al rostro de la vieja, que dejó escapar un grito de dolor.

-¡Es una ladrona! ¡Nos quiere robar!

-¡Malditas!... Ahora sí que lo perderéis todo -aullaba la bruja.

Entonces las mujeres se hicieron con unos gruesos palos, de los que estaban amontonados en la chimenea, y golpearon históricamente el cuerpo de la infeliz que, al principio, trataba de esquivarlos, hasta que quedó inmóvil. Pero ellas continuaron con los golpes, dominadas por ciega locura, por saña inaudita, hasta sentirse agotadas. En sus rostros contraídos, entre gotas de sudor, veíanse salpicaduras de sangre.

Una ráfaga de viento abrió la ventana y aventó rescoldos del fuego, que prendieron en las ropas de la cama.

Las dos mujeres abandonaron la choza y corrieron. A la luz de los relámpagos sus negras figuras, con las ropas húmedas y agitadas por el viento, semejaban brujas volando hacia el lugar de sus siniestros ritos. En lo alto del monte, la choza se había convertido en brillante antorcha.

## IX

-Te agradezco todo cuanto has hecho por mi hija. No lo olvidaré nunca.

La viuda callaba mientras se dejaba abrazar por su hermano, inexpresiva y ausente. A su lado, Natalia, con la cabeza gacha, escuchaba atenta.

-Dale un abrazo a Toño; ¡Al pobrecillo le ha afectado tanto!

El hombre subió al autobús, limpiándose las lágrimas. Acomodado junto a una ventanilla, se dirigió nuevamente a la viuda:

-¡Muchas gracias, hermana! Sé que la has cuidado bien, pero ella no tenía remedio.

La sombra de la duda cruzó veloz por la mente de la viuda, estremeciéndola.

--¿Cómo dices? -inquirió.

-Si, tenía una cosa incurable, unos meses de vida. Fue un capricho suyo venir aquí, que yo no pude negar. ¡Muchas gracias!

La tartana arrancó estrepitosa, levantando una polvareda. Las dos viudas se miraron estupefactas, desconcertadas. Después, con la vista estúpidamente fija en el vehículo que se alejaba, quedaron fijas, quietas, como petrificadas.

El hombre agitaba el pañuelo en cariñoso adiós, mientras las dos enlutadas se desdibujaban en la lejanía. Nuca sabría que aquellas quietas figuras, eran la representación más viva y siniestra de la avaricia y la maldad.

Septiembre, 77

## LA OTRA OPORTUNIDAD

### I

El doctor tenía el aspecto malicioso y socarrón de un diablo Cojuelo o de uno de esos demonios inferiores, más traviesos que perversos, descritos por Velez de Guevara y Quevedo. Sus ojillos, malignos, parecían gozarse con el azoramiento de Emilio.

-Pase y siéntese, -dijo con voz ronca.

Emilio avanzó titubeante, frotándose las manos en un movimiento involuntario y nervioso. Estaba arrepentido de aquella decisión de visitar al extraño doctor. Ahora pensaba que había sido una chiquillada, una tontería, y éste convencimiento le excitaba más y más le aturdía.

-¡Cálmese, hombre! ¡Cálmese! Sé que está arrepentido de haber venido. Piensa que ha sido un error y que no podré ayudarle.

Emilio se estremeció al comprobar cómo adivinaba sus pensamientos, y un absurdo temor se apoderó de él.

-No tema nada -continuó el doctor, con una amabilidad excesiva y sospechosa-; yo puedo y quiero ayudarle. Vamos a ver... ¿Por qué no me cuenta sus problemas?

Emilio tenía la garganta seca y su voz se negaba a salir. Tartamudeó unas palabras inconexas y sin sentido. El doctor, no obstante, le dejó hablar sin interrumpirlo y esto le fue calmando. Poco a poco coordinó las ideas. Consideró

que, después de todo, y como ya no cabía volverse atrás, nada perdía con exponer sus problemas. Si no le daba una solución, al menos desahogaría parte de sus preocupaciones al compartirlas.

Conforme avanzaba en el relato, le invadía una extraña calma y se iba olvidando del doctor. Los recuerdos surgían con claridad, íntegros, hasta en los mínimos detalles. Le parecía estar viviendo, en aquel preciso instante, la primera vez que vio a Elisa. Vestía ella, con su habitual estudiado desaliño, unos pantalones vaqueros. Su pelo, cuidadosamente despeinado, le caía sobre los hombros, y en su mano, con desgana, llevaba un bolso rojo. Era la típica estampa de chica moderna, con ingenua pretensión de estar de vuelta de todo cuando apenas si conocía algo.

Él, desde entonces, se enamoró perdidamente. Y como todo enamorado, no dió una a derechas. Se sentía cohibido en su presencia, y la estrategia de conquista, elaborada tras eternas noches de insomnio, resultaba nula. Las frases de amor, con el romántico fondo de siempre, pero envueltas en el hortero lenguaje de moda, no acertaban a salir de sus labios.

No cabe duda de que ella, como toda mujer, adivinaba aquélla adoración y se sentía halagada y, en cierta forma, atraída. De temperamento alegre y atolondrado, amiga de la diversión y del jolgorio, provocativa y traviesa, muchas veces, sin embargo, salía con Emilio, pese a ser éste retraído, poco ocurrente y amante de la soledad. En estas ocasiones se comportaba con mesura, seriedad y sencillez. Esta mutación de su personalidad, que tal vez fuera una forma inconsciente de incitar a la declaración, la hacía más mujer y le daba un especial encanto.

Una noche la acompañó hasta su casa. Al atravesar el parque los pasos de Elisa se hicieron cortos, lentos. La luna iluminaba, con su luz de plata, el camino, y los árboles proyectaban las móviles sombras de sus hojas.

De repente, deteniéndose, ella preguntó:

-¿No te has enamorado nunca?

-Yo..., yo..., -balbuceó Emilio.

No supo seguir. Un temblor extraño sacudía todo su cuerpo. Fija la mirada en el suelo, no pudo ver el brillo inusitado y enigmático de los verdes ojos de Elisa, que invitaban a una examen próximo y cálido.

Caminaron en silencio. Ya en casa, la muchacha se apoyó, con laxitud, de espaldas a la puerta, dispuesta a prolongar la despedida. Sus labios estaban húmedos, como fruta cubierta de rocío. Pero Emilio, tartamudeando aún, musitó una protocolaria frase de adiós y se fue.

Elisa le vio alejarse y, después de largo rato, como si aguardara algún

acontecimiento, abrió la puerta y entró. Estaba triste y desencantada.

Al día siguiente Emilio la vio acompañada por otro muchacho y, en su saludo, creyó percibir un cierto gesto despectivo. Bastó ello para sumirlo en una loca desesperación. Estaba descontento de sí mismo, de su forma de ser, de su estúpida falta de valor. Fue entonces cuando recordó los comentarios oídos sobre un extraño doctor, mago o chalatán, a quien se atribuyen misteriosos poderes e influencias sobre espíritus débiles y pusilánimes como el suyo. Y decidió visitarlo.

El doctor le había escuchado atento e interesado, sin cortar el hilo del relato. Cuando terminó, permaneció unos minutos en actitud meditativa y, después, comentó:

-Su caso es muy corriente. Yo podría recetarle algún estimulante. Con ello conseguiremos, temporalmente, eliminar la inhibición y la timidez. Pero sería una solución transitoria.

Guardó un breve silencio y, acercándose al joven, con una sonrisa un tanto desconcertante, añadió:

-Mejor sería que usted mismo superara, con esfuerzo, el problema.

-No creo que Elisa vuelva darme otra ocasión igual. Y para mí no existe ya ninguna otra mujer.

-Pero es que yo puedo darle otra oportunidad.

-¿Cómo?

-Volviendo a vivir la misma situación.

-¡Imposible!. Creo que ella tiene ya novio.

-Nada hay imposible. Volveremos atrás el tiempo

-¿Eh?

-Deberá guardar el secreto. Yo puedo, por una sola vez, conservando la memoria del pasado, hacerle retroceder al espacio temporal vivido antes.

-¡Que locura! -exclamó Emilio.

-¿Pierde algo por probar? -, inquirió el doctor.

-No.

-Entonces... La única condición es su juramento de no revelar el secreto nunca..., nunca.

## II

Una noche la acompañó hasta su casa. Al atravesar el parque los pasos de

Elisa se hicieron cortos, lentos. La luna iluminaba, con su luz de plata, el camino, y los árboles proyectaban las móviles sombras de sus hojas.

De repente, deteniéndose, ella preguntó:

-¿No te has enamorado nunca?

-Yo..., yo..., -balbuceó Emilio.

No supo seguir. Un temblor extraño sacudía todo su cuerpo. Fija la mirada en el suelo, no pudo ver el brillo inusitado y enigmático de los verdes ojos de Elisa, que invitaban a un examen próximo y cálido.

Caminaban en silencio. De repente, a la mente de él llegó, como una premonición, esta misma escena y un desenlace indeseable y decepcionante. Lo percibió con tal claridad como si fuera un recuerdo vivido. Y, entonces, sobreponiéndose a su timidez, la acercó a sí y la besó, primero con delicadeza, después con rabia, para terminar, locamente, arrojándola al suelo y rasgándole la camisa, en villana búsqueda de sus bellos senos.

La muchacha, al principio sorprendida agradablemente, se dejó besar; más la brutalidad con que prosiguió le obligó a repeler la agresión, luchando desesperadamente por librarse de él. Gritó, lloró, mordió y, ya sus fuerzas cedían, cuando la sirena de un auto de la policía hizo que Emilio huyera cobardemente.

Al día siguiente, desesperado, pensó en el suicidio. Su imprevisible y torpe comportamiento, lo había arrojado a un callejón sin salida, a una situación irreversible. Elisa estaba perdida para siempre; debía borrar su adorable imagen de lo más hondo de su corazón. Y fue en este momento de desesperanzas, de tristezas, de rabia consigo mismo., cuando recordó los comentarios oídos sobre un extraño doctor, mago o charlatán, a quien se atribuían misteriosos poderes e influencias sobre espíritus débiles.... Y decidió visitarlo.

.....  
-¡Debe haber una solución!, -casi gritó, con lágrimas en los ojos.

-Lo siento, pero es imposible.

-Debe intentarlo. ¡Quiero otra oportunidad!

-No sé...; no sé...; -balbució el doctor.

-¡Por favor! Haga lo imposible.

-Bueno, tal vez resulte. La verdad es que sólo puedo asegurarle una cosa: en esta ocasión no recordará nada, si es que conseguimos un nuevo retroceso del tiempo.

-No importa

### III

De repente, deteniéndose, ella preguntó:

-¿No te has enamorado nunca?

-Yo...; Yo...; -balbuceó Emilio.

No supo seguir. Un temblor extraño sacudía todo su cuerpo.

Fija la mirada en el suelo, no pudo ver el brillo inusitado y enigmático de los verdes ojos de Elisa, que invitaban a un examen próximo y cálido.

Caminaron en silencio. Ya, en casa, la muchacha se apoyó, con laxitud, de espaldas a la puerta, dispuesta a prolongar la despedida. Sus labios estaban húmedos, como fruta madura cubierta de rocío. Pero Emilio, tartamudeando, musitó una protocolaria frase de adiós y se fue.

Elisa le vio alejarse y, después de largo rato, como si aguardara algún acontecimiento, abrió la puerta y entró. Estaba triste y desencantada.

Al día siguiente, Emilio la vio acompañada por otro muchacho y, en su saludo, creyó percibir un cierto gesto despectivo. Bastó ello para sumirle en una loca desesperación. Estaba descontento de sí mismo, de su forma de ser, de su estúpida falta de valor. Fue entonces cuando recordó los comentarios sobre un extraño doctor...

.....

### IV

El doctor tenía el aspecto malicioso y socarrón de un diablo Cojuelo, o de uno de esos demonios inferiores, más traviesos que perversos, descritos por Velez de Guevara y Quevedo...

Noviembre 1.978